

¡Taxi!





ACERCA DEL AUTOR

José Andrés Sánchez Exeni es periodista y escritor. Nació en 1981, en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia. Ha escrito reportajes y artículos para diversos medios impresos y digitales del país. En 2017 fue seleccionado y participó en la Residencia para Artistas de Kiosko Galería. En 2018 presentó su primer libro de cuentos, titulado *Matar lo amado*, bajo el sello de la editorial La Hoguera. Sus relatos de ficción también han sido publicados en revistas especializadas en literatura. En mayo de 2019 participó como invitado del III Encuentro Internacional de Narrativa de la Feria del Libro de Santa Cruz de la Sierra. En agosto de ese mismo año fue galardonado con el premio Letras de Nuevo Tiempo, de la Fundación Cultural del Banco Central, gracias a la obra *Aquí y ahora - conversando con artistas cruceños*. Este libro se presentó el 20 de diciembre de 2019.

JOSÉ ANDRÉS SÁNCHEZ EXENI

¡Taxi!



E1 EDICIONES
Formato del Sur

Primera edición, 2020

Del texto

© José Andrés Sánchez Exeni

De la edición

© Ediciones de las Sibilas

Francisco Contreras 114

Loma Verde

León, Gto.

C.P. 37295

www.ediciones.com

De las ilustraciones para los forros

© Rebeca Lucía Arredondo Sáinz

Hecho en México

Made in Mexico

ISBN: 978-607-98875-0-6

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio, sin la autorización por escrito de los editores.

Cuando fui un adolescente, un chico; es decir, cuando tuve plata; o mejor dicho, cuando mis padres todavía tenían plata; o sea, antes de que se la quiten, antes de que lo pierdan todo... sus casas, sus terrenos, sus negocios... Antes de que nos lleguen la crisis y la pobreza, antes de que este gobierno nos haga mierda... En fin, eso no importa... Lo que quiero decir es que cuando yo era un adolescente, un chico –digamos que hasta mis dieciséis o diecisiete años–, y había todavía plata en los bolsillos, y salíamos a cenar con familiares y amigos, y pasábamos los fines de semana en la piscina del club o en la estancia... Antes de los reportajes y las persecuciones de la prensa, antes del destape de los negociados con el municipio, antes de los escándalos por las estafas y las coimas; por los loteos, las extorsiones y los ajustes de cuenta... Antes del pánico y del miedo; de los embargos, las confiscaciones y las ventas... Antes del juicio y la sentencia contra mi padrastro. Antes del exilio –más bien escape– de mi hermanastra y de mi madre... Antes del hambre, la tristeza y la posibilidad de la indigencia... Antes de todo eso..., yo me movilizaba en taxi. De un lado a otro, siempre en taxi. Jamás en micro, mini-bus o trufi.

No, sólo taxi. En esos años no existían *Uber*, ni aplicaciones similares. Había radio-taxis y los otros, mis preferidos, los de la calle. A los radio-taxis yo los detestaba. Con ellos el proceso era complejo, engorroso, molesto. Debías llamar por teléfono, hablar con la centralista, explicarle en detalle la dirección. Debías colgar y aguardar... De cinco a diez minutos, luego quince y luego más... El taxi no llegaba... Por lo tanto, te veías obligado a marcar otra vez y consultar: *¿cuánto tiempo más tardará?* La centralista respondía: *el auto está a dos cuadras, ya llega, espere nomás...* ¡Una vil y patética mentira! ¡Por supuesto! ¡Lo sabías! Colgabas y retornabas a la espera... Aprovechabas el tiempo muerto para ir al baño y sacar de tu cuerpo lo que sea que necesitas expulsar en ese momento. Lavabas tu rostro y manos con agua. Te mirabas en el espejo sin saber muy bien por qué. Regresabas a la sala y te sentabas... Contemplabas... Sin resultado, sin radio-taxi, sin conductor... Y entonces lo hacías, ¡te decidías! Te ponías de pie y caminabas —o mejor dicho: marchabas— hacia el lugar donde estaba el teléfono. Tomabas el auricular y lo acercabas a tu oreja, lo presionabas contra ella. Marcabas el número; golpeabas, machacabas las teclas. Escuchabas los timbrazos, el *ring-ring* de la llamada —un *ring-ring* ansioso, rabioso, fastidioso—. Esperabas a que la centralista conteste y ni bien ella lo hacía, antes de que tuviese la oportunidad de hablar y articular su monótono y ensayado saludo: *buenas tardes, radio-taxi, ¿en qué le puedo ayudar?*, antes de eso, vos le interrumpías,

le interpelabas: *¡Señorita, escúcheme!* —y ahora sí, indignado e irritado, con la moral en alto y la razón de tu lado, con el tono molesto de un cliente insatisfecho— *¡Llevo más de veinte minutos de espera! ¡Dígame de una vez! ¿¡Dónde está mi taxi, cuándo llega!?* Y luego... sólo silencio. Uno, dos, tres o más segundos de silencio. *¡Espere, ya le atiendo!*, respondía ella en algún momento... Y vos te quedabas ahí de pie, con el auricular en la mano y con la sensación de que todo había sido en vano. Escuchabas los sonidos al otro lado de la línea: las transmisiones radiales, las indicaciones y direcciones, las réplicas de los taxistas, las voces de otras personas que indagaban, exigían, se quejaban. Entonces te dabas cuenta de que la centralista no se comunicaba con vos nada más, sino que hablaba con otros dos, tres, cuatro o cinco individuos a la vez, y que todos le preguntaban lo mismo o algo similar, y ella se limitaba a responder: *¡el taxi ya fue, lo esperó, tocó la bocina y usted nunca salió!*... No, los radio-taxis no me agradaban... Te robaban el tiempo, les cedías el control. Yo prefería los otros, los de la calle, los *Toyota Corolla* transformados y traídos de Japón. Grises o blancos, sin vidrios eléctricos ni aire acondicionado. Invocados desde la acera con un simple movimiento de brazo. Las negociaciones eran directas y honestas: *maestro, ¿por cuánto hasta Equipetrol? Por quince, joven, lo llevo. Tengo 10, ¿le da? Da, claro que da, súbase nomás!*... Sin llamadas telefónicas, explicaciones o direcciones. Sin modernas *apps* ni *smartphones*. Sin *Google Maps* o pagos con tarjeta

de débito. Sin tener la más mínima idea de quién era el hombre que te transportaba y viceversa.

Sí, cuando fui un chico, un adolescente, me movilicé en taxi. Me gustaba hablar con los conductores, plantearles consultas y temas de conversación. *¿Cómo va el día, maestro? ¿Harto tráfico, no? Dice que a la noche hay tormenta, ¿escuchó? Preocupante la situación...* La mayoría de ellos mordía el anzuelo. A los pocos minutos ya compartían conmigo sus ideas y opiniones, sus conflictos económicos y familiares, alguna que otra experiencia memorable, sus angustias y miedos personales. Claro, tantas horas dentro un auto; encerrados y siempre en tránsito de un lugar a otro; sin descansar y con el sol inclemente de esta ciudad por delante y por detrás... Es muy violenta esa soledad. Yo me limitaba a interrogar y escuchar. Guardaba silencio y les dejaba hablar...

No soy un tipo extrovertido, amiguero o charlador. Soy bastante antisocial en realidad. No me gustan ni la joda ni el alcohol. Bueno, ahora que tengo 32 años no me interesan esas cosas, pero cuando fui joven y tuve plata, hasta mis diecisiete o dieciséis... ¡Jo! ¡Otra fue la historia! He visto a mucha gente destruir su vida por el trago y también por otros hábitos más densos, peligrosos, perversos. Por eso, después de perderlo todo, me volví casi un huracán. Intenté desaparecer y creo que lo logré con éxito. Ahora soy un hombre de casa. Me gusta estar ahí, en mi cuartito, y dedicarme a lo mío; sin meterme en la vida ajena; sin molestar a nadie, ni llamar la atención.

Tuve esposa y tengo una hija, pero ya no viven conmigo. Mi hija se llama Mariela y tiene catorce años, recién cumplidos. El nombre de mi exmujer es Ximena. La conocí en uno de los centros de El Maná; una de esas escuelas en las que enseñan maquillaje, gastronomía, organización de eventos, estilismo, diseño y decoración. Ella tomaba cursos de pastelería, no recuerdo qué hacía yo allí... Fueron tiempos muy oscuros para mí. Acababa de salir del colegio y de perder el dinero, las casas, la fortuna, los amigos, la reputación, incluso a mis padres y hermanastra... Todo lo que era mío, todo lo que yo conocía, se esfumó casi de la noche a la mañana. No tenía idea de qué putas iba a hacer con mi vida... Entonces apareció Ximena. Cuatro años mayor que yo y también mucho más adulta, sobria, enfocada, decidida, ágil, lista para devorarse el mundo, una fiera en la cama, una morena de caderas anchas, una salvaje, una *Juma Marruá* del Oriente boliviano... Un alma limpia y algo herida, pero ya en proceso de sanación. Yo estaba extraviado y desvalido. A algunas mujeres les gusta eso: encontrar a un hombre en apuros y salvarlo, sacarlo del pozo. Ximena lo hizo conmigo. Durante un corto tiempo, me salvó... Una noche, en el mejor momento de nuestra relación, cuando ya éramos una pareja fija y vivíamos en su departamento, días antes de enterarnos del embarazo, ella me contó acerca de su infancia en Pando. Más que un recuento de hechos, se limitó a describir su pueblo. San Lorenzo, un lugar con diez o quince callejuelas de tierra,

ubicado en las faldas de un río con nombre indígena. Sus quinientos y pico de habitantes se dedicaban a la pesca y al cultivo de cacao. Repleto de niños y viejos, y con una sola escuela e iglesia... El profesor y el cura era la misma persona. Por las noches, no había luz eléctrica. Sin Plaza Central, pero con una pista de aterrizaje y clubes de billa y cacho... En San Lorenzo, el mayor entretenimiento consistía en saciar el deseo. Los cuerpos eran objetos, mercancías para el trueque y el comercio; para el saldo de deudas y el intercambio de favores. Ni bien podían, los jóvenes se marchaban. Robaban una lancha y escapaban. Emigraban hacia las ciudades grandes, hacia las oportunidades. Así se fue de allí Ximena; a oscuras y sola, escondida, de polizón en un bote. Dejó a su familia, a sus amigos, a los tíos y abuelos... *Allá no hay niñez* —me dijo aquella noche, en el mejor tiempo de nuestra relación, cuando ya vivíamos juntos y poco antes de enterarnos del embarazo—. *En San Lorenzo, eso no existe...*

Alguien nos presentó, no recuerdo quién. Yo tenía 18 y ella 22. Hacía cuatro años que Ximena había llegado a la ciudad. Esa tarde recorrimos el centro, el Casco Viejo y el Mercado Central. Visitamos tiendas vacías y en alquiler; locales para que ella montara su negocio. Caminamos por el Parque El Arenal y Los Pozos. Me aturdieron los gritos de las venteras, el hollín y el polvo caliente, los bocinazos y frenazos, los ruidos de motores, los vapores de los caños de escape, las losetas y las aceras, mugres. Yo jamás había

estado en sitios así, era terreno nuevo para mí. Me porté muy bien, casi no hablé, sólo escuché. Ella preguntó por mi familia, quiso averiguar acerca de mis padres, si tenía hermanos, tíos, abuelos... *Es complicado, no me gusta hablar de ellos, con el tiempo ya te contaré...* Debí darse cuenta de que había tocado un nervio. Colocó su mano sobre mi hombro y lo apretó. *Me caés bien, Manuel,* me dijo y sonrió. Creo que Ximena necesitaba un hombre inofensivo, alguien en quien confiar y que no le fuese a dañar. Se encontró conmigo, y yo estaba tan derrotado y extraviado, tan herido y desesperado... En ese momento y bajo esas circunstancias, fuimos el uno para el otro, ambos nos necesitábamos. *¡Véni, vamos al frente!*, me dijo tras salir del parque. Me tomó de la mano y avanzamos; ella por delante y yo unos pasos por detrás. Atravesamos la calle, esquivamos los autos, cruzamos. Al llegar a la otra acera, no nos soltamos. Así paseamos y charlamos. Yo no sabía que la vida podía ser tan ligera. Horas después la acompañé hasta el lugar en el que tomaba su autobús. Antes de irse, me besó... Esa mujer me acogió, me tuvo paciencia, me dio cariño y amor. ¿Qué le di yo a cambio? No lo sé. Estuvimos juntos poco más de tres años. Nos casamos, tuvimos una hija, ella abrió su negocio, su tienda prosperó, fue un éxito, inauguró sucursales, ganó mercado, compitió. Poco a poco, las diferencias entre nosotros se hicieron evidentes. Ximena progresaba y yo no. Me estancué. Retorné al pozo y me metí otra vez dentro de él. Fue claro: yo no era

el hombre que debía estar a su lado. Una mujer que quiere crecer no aguantará toda la vida a un marido vago. Ximena es una sobreviviente. Entendió que para escalar y acumular debía deshacerse de mí. Por eso me dejó... Bueno, eso es lo que supongo, nunca me lo dijo, pero sospecho que esa fue la razón. No hubo dramas, no hubo peleas, fue un divorcio rápido. Ella se quedó con todo: la casa, la plata, el auto, el negocio y Mariela. Yo me quedé con el taxi, que en realidad no es mío, pero ya llegaré a eso, no me quiero adelantar... El trato me pareció justo. Separarme de mi esposa y de mi hija no me entristeció. No, para nada. No soy un hombre hecho para la vida familiar, lo mío es la soledad. Aun así intento cumplir con el rol que me corresponde. Cada fin de mes le paso algo de dinero a Ximena. No mucho, lo que puedo. Ella entiende la situación. No exige, no se molesta. Además, lo que menos le hace falta es plata... Pero eso no importa, da igual. La cuestión es que recibe mi aporte —a veces quinientos pesos, a veces menos— y siempre me lo agradece. Mariela me visita una o dos veces por mes. Yo preferiría que no lo hiciese. Mientras menos la vea, mejor... Su madre ya tiene otro marido y parece ser un buen tipo. Paga el colegio de mi hija y creo que, para ella, él es más padre que yo.

Así soy, calmado y tranquilo, amante de la música, el ajedrez y la literatura. Aficionado a armar rompecabezas y pintar mandalas, y además, muy curioso. Desde siempre, desde niño fui así. A veces tanta curiosidad lo mete a uno